

ción, no reaccionara en el sentido de querer estorbar, por todos los medios posibles, el encauzamiento de ideas y de principios políticos con los que nunca estuvo en consonancia.

Y como, por fortuna, tenía demasiados intereses creados para poder subsistir, aun privada de las subvenciones oficiales, aceptó gustosa la idea de servir a los elementos caídos, importándole un bledo el que su actitud hostil provocara un conflicto. Por eso, a sabiendas y sin escrúpulos, daba vida y valimiento a una personalidad nula y vacía como la de Pascual Orozco; por eso transformaba al guerrillero afortunado en genio de la guerra; al patán en hombre de ideales; al arriero en figura política.

¿Qué le importaba mentir para deslumbrar al pueblo; adular para acrecentar vanidades; azuzar para invitar al crimen; murmurar para despertar codicias; calumniar para encender odios; si su negocio iba en auge, si los ejemplares de sus rotativas se vendían como el pan?

RESUMEN DEL CAPÍTULO SEGUNDO.

La reacción busca un hombre del maderismo.—Orozco a disposición de aquélla.—La salida de don Abraham a México, nombrado Ministro de Gobernación.—Interinato del licenciado González.—Braulio Hernández se declara vazquista.—Trabajos del Cuartel General para organizar el complot.—Orozco en persona catequiza a los jefes.

CAPÍTULO II.

La perspicacia maquiavélica de dos o tres intrigantes, en los que tanto abunda México, vió perfectamente claro el fenómeno, porque no bien se hizo cargo de la Presidencia don Francisco I. Madero, tomó cuerpo en los enemigos el propósito de trabajar por su pronto derrocamiento.

Y no había que buscar la manzana de la discordia entre los hombres del pasado régimen, sino entre los nuevos, entre aquellos productos vírgenes de la Revolución, un hombre del maderismo, de la flor y nata del mismo maderismo. ¡Y qué hermoso ejemplar aquel Orozco! ¡Qué bonita figura para dar un golpe efectista, para matar en su propia fuente a los recién llegados! ¡Cuán fácil ponerse en inteligencia y en acuerdo con aquella alma rústica y sencilla, pura como las flores de

los campos! Hacer grande a Orozco y luego enfrentárselo a Madero, este era el busilis.

Y en verdad que nada tenía de imposible ni de complicado siquiera, porque Orozco consentiría, más bien dicho, estaba en ascuas por que se le invitara. Ya hemos dicho sobradamente por qué razones psicológicas y sociales, en Orozco germinó y se desarrolló lujuriosamente la codicia.

Ningún trabajo costó, por tanto, hacerlo aceptar el programa. Los postergados y los inconformes encontraron pronto a su hombre y él supo corresponder a sus aspiraciones.

¿Qué pedían de él y qué esfuerzo ó sacrificio se exigía de su persona? La petición no podía ser más halagadora. ¿Por ventura, no significaba esta demanda lo que tanto él como su padre habían deseado?

Por lo que toca al sacrificio, es decir, a la defección de una causa con la que ya no simpatizaba y a la traición en política a un hombre por el que sentía el más hondo rencor y la envidia más profunda, ¿podría llamarse sacrificio?

En los hombres incultos y ordinarios la idea del deber y el sentimiento del honor son nociones en extremo vagas e inconsistentes. La moralidad es producto del medio, de la raza y de la educación. No se nace hombre moral con la facilidad con que se nace rubio o pelinegro; y, en cambio, con relativa frecuencia, es una predisposición congénita en las naturalezas mostrarse refractarias y re-nuentes a los sentimientos morales, pudiendo ser éstos casi nulos en los llamados criminales natos.

Una circunstancia inesperada vino a favorecer las intrigas y fué ésta la partida de don Abraham para la Ciudad de México y la licencia que, pocos días después, pidió este señor al Congreso, para encargarse de la Secretaría de Gobernación interinamente.

A decir verdad, todo Chihuahua vió con malos ojos la separación del señor González, suponiéndose que pudiera dar pábulo a multitud de dificultades; y algunos, hasta queriendo ver en ella algo así como un ataque a la soberanía del Estado, encontraban en este hecho político analogía con los proce-

dimientos porfirianos, por medio de los cuales se removía a los funcionarios públicos.

Y aunque se alegaba que el ciudadano Presidente había menester, al inaugurar su gobierno, de contar entre sus colaboradores y consejeros con hombres de la Revolución, y, sobre todo, de su entera confianza, pocos estaban dispuestos a entender y a disculpar estas explicaciones; y los más se mostraban disgustados, porque sentían que aquel alejamiento demasiado prematuro del señor González vendría a ser, a la postre, motivo de discordias.

Muy bien supieron aprovechar esta coyuntura los del bando contrario; incontinentemente se dieron a explotarla y supieron sacarle todo su jugo.

Cubriendo el interinato de don Abraham, a quien sólo se concedieron primero quince días y después tres meses improrrogables para permanecer fuera del Estado, quedó el licenciado Aureliano S. González; y el primer conflicto lo tuvo este señor con el profesor Branlio Hernández que funcionaba como Se-

cretario de Gobierno y decía ser uno de los leaders de la revolución pasada.

Hernández había creído ser el gobernador en ausencia de don Abraham. Para esa fecha se había declarado vazquista y había insultado en un meeting a don Francisco I. Madero, no obstante el ofrecimiento solemne que hizo desde su entrada a la Secretaría de no hablar para nada, en público, sobre asuntos políticos.

Apenas pasaron diez días, cuando Hernández, sintiéndose lastimado en su amor propio y en su orgullo de líder de la Revolución, tuvo un serio disgusto con el Gobernador Interino y se separó del cargo para ir a hacer descaradamente propaganda vazquista, invitando al pueblo en sus arengas místico-políticas que recordaban las de su época de pastor protestante, a una santa revolución, a una lucha de reivindicaciones y de libertades que dos meses más tarde, cuando se levantó en armas, resumió en un lema — «Tierra y Justicia» — risible por lo presuntuoso y por lo manoseado entre apóstoles socialistas.

Durante la ausencia de don Abraham los trabajos de zapa tomaron cuerpo, y sus autores se apresuraron para organizarse en toda regla, mayormente desde principios de enero, época en que salieron de Chihuahua las tropas federales.

El Cuartel General no se dió tregua en estos días conferenciando con los distintos jefes de los principales destacamentos en el Estado; y como casi todos eran amigos de Orozco, y algunos hasta parientes muy cercanos, muy pronto se logró ponerlos de acuerdo en el complot, haciendo que se comprometieran á defeccionar con sus tropas al primer aviso.

El General en persona iba a las casas de algunos compañeros á exponerles sus pensamientos y a ganarse sus voluntades.

Alguno hubo de ellos que, tratando de resistirse a las insinuaciones de Orozco, le dijera entre sorprendido y temeroso: «Bueno, ¿y el honor?» Pero el General tenía ya aprendida una contestación solemne para tan fútil pretexto: «Qué honor, ni qué honor. ¡Primero es la Patria!»

A todos les decía lo mismo; él quería pronunciarse por estas poderosas e inquebrantables razones:

«I.—Por falta de cumplimiento al Plan de San Luis Potosí.

«II.—Por la liga de Madero con los científicos.

«III.—Por los enormes abusos que la familia del Presidente estaba llevando á cabo en el Tesoro Público, y

«IV.—Por altos deberes de patriotismo.»

Él quería salvar a la Patria de un tirano más grande que el mismo general Porfirio Díaz.

Ya se comprenderá el tremendo efecto que estas declaraciones, en boca de su *General*, hacían en los jefes, todos ellos individuos ignorantes y de extrema rudeza, algunos de los cuales solían contestarle con una sencillez verdaderamente conmovedora y digna de mejor empeño: «Señor, si usted cree que Madero no sirva para nada y que la Patria está en peligro, estamos dispuestos a perder la vida. Lo seguiremos a usted a todas partes.»

El espíritu diabólico de los hombres de la intriga se había infiltrado en el alma de Orozco y lo hacía ser hasta elocuente. A muchos de aquellos badulaques que estaban sometidos a sus órdenes les hacía pinturas espeluznantes del presidente Madero.

Se lloraba con ellos de las ingratitudes que había tenido el gobierno para con él y para con los revolucionarios; «sí, muchachos, ha sido un ingrato, ha traicionado a la Revolución. ¡Que las maldiciones de la Patria caigan sobre nosotros si no derrocamos al gobierno!»

Y repetía *ore rotundo*: «A mí me obligan a ello altos deberes de patriotismo.»

La lección iba bien aprendida y el efecto era sorprendente. No había uno que lo resistiera.

RESUMEN DEL CAPÍTULO TERCERO.

Disgusto de la familia Terrazas por la presencia de don Abraham González, al frente del Gobierno del Estado.—Participación de varios capitalistas en el movimiento de revuelta.—Medios de que se valieron para hacer suyo a Orozco.—El guerrillero, socio honorario del Casino.—Orozco mareado por las lisonjas se convierte en el alma de la Reacción.

CAPÍTULO III.

Era natural que después del triunfo de la Revolución y del advenimiento del Sr. González al Ejecutivo, las familias Terrazas, Creel y muchos de sus adláteres, comprendieran que les sería punto menos que imposible volver a disfrutar de las enormes granjerías de que gozaban y que, en defensa de sus intereses y sus lucros, se pusieran a trabajar con tesón por quitarse de enfrente al que, con toda seguridad, sería enemigo irreconciliable de sus abusos y de sus infracciones legales.

Por primera vez en muchos años se les iban a ajustar cuentas y a señalarles su parte equitativa en el impuesto. No se les extorsionaría ni se les molestaría en lo más mínimo, pero se haría justicia con ellos, se les suprimirían las onerosas concesiones; y esto era lo que no podían soportar.

Por tal motivo aquellos individuos que estaban acostumbrados a vivir en la tolerancia de todos sus abusos, que tenían en el gobierno un aliado y un socio para todas sus combinaciones, y que año por año defraudaban la hacienda pública, se sintieron amagados con la presencia de un hombre honrado al frente de los intereses sociales.

El mayor defecto, el único defecto que los Creel y Terrazas parecían poner a D. Abraham era su honradez; una de esas honradeces superiores al halago y al soborno, inquebrantable y molesta, que no los dejaría vivir en paz y que les mermaría una enorme entrada a sus caudales.

Aquel gobernante de hábitos humildes, sobrio en todos sus actos, sin doblez en su trato y puro en sus manejos, les venía como una espina, mejor dicho, como un clavo enrojecido en la mitad del pecho.

No hay mayor enemigo para todo desorden que un hombre honrado.

Los caídos sabían que iban a encontrar un obstáculo inquebrantable en don Abraham González y decidieron declararle guerra a

muerte. Haciendo un supremo sacrificio se resolvieron a desprenderse hasta de su dinero por reconquistar sus mutilados fueros.

Era el poder del capital, acaparador y codicioso, el que se levantaba en contra de aquel desmán de los hombres de bien que tuvieron un día la desfachatez de poner al frente de los destinos del pueblo a un gobernante honrado, a un funcionario público sin ligas y sin compromisos con los patriarcas de Chihuahua, con los dueños de Chihuahua: terratenientes, negociantes, industriales, banqueros, ganaderos.

¡Qué osadía! La falange de ricos iba esta vez a revolucionar, pero no con discursos ni con palabras dulces, sino con dinero, con oro vivo, con plata reluciente, con flamantes billetes de banco tirados a puñados en las manos de la ignorancia, la miseria y la bestialidad de aquella parte del pueblo y de los distintos gremios sociales que no piden más que una ocasión para enseñar de cuerpo entero todas las ruindades de que es capaz una conciencia envilecida.

Y ellos sabían que había muchos serviles,

todos los que fabricaron la dictadura y el feudalismo de treinta años; comprendían demasiado lo prostituída que estaba una gran parte de la sociedad para hacerla encubridora y solidaria de sus miras.

Por eso no vacilaron en intentar el golpe, que, a mayor abundamiento, sería amparado por el tipo que más ascendiente parecía tener en el espíritu del pueblo. Corrompido Orozco, lo demás era sencillísimo; toda la clave estaba en hacer suyo al dioscecillo popular, al genio doméstico que paseaba orgulloso y satisfecho el renombre de bravo, de fuerte y de invencible.

¡Y la tarea no era cosa del otro mundo! El humilde guerrillero de pasado ignoto y sin lustre, tenía que ser, estaba obligado a ser, una víctima expiatoria de los que mejor supieran halagar sus pasiones y sus apetitos. Nada sería más fácil que deslumbrarlo y marearlo con lisonjas y afeites; con mujeres, con oro; con lo que quisiera; con lo que pidiera.

El héroe entraba de lleno a una sociedad que estaba acostumbrado a mirar tan brillante y tan lejana como las estrellas de los

cielos; a tratar con unos personajes a quienes en otro tiempo sólo hubiera podido hablarles de pie y con el sombrero entre las manos, presa de ese temor y de esa modestia que agarrota los miembros del palurdo y entumece su lengua, cuando está enfrente de un hombre civilizado o de más elevada jerarquía.

Y aunque supiera, y hubiera oído decir mil veces, que entre muchos de aquellos señorones los había muy redomados pícaros, sin embargo, al verlos atentos, afectuosos, expresivos, y hasta reverentes con él, conmovieron y conquistaron la bronca animadversión que, como hombre de abajo, sintiera sor-damente por ellos cuando los divisaba tan enhiestos y tan duros como los picachos de sus serranías.

Entrar al Casino, ser socio honorario del Casino y del Club; mirarse respetado, agasajado de contertulios y sirvientes; ser el blanco de todas las miradas, el tema de todas las conversaciones; infundir respeto y sumisión con su sola presencia; eso era cosa que el obscuro conductor de metales, el timorato

mozo del pueblo, olvidado y triste tanto tiempo, laborando sin tregua de sol a sol por entre los breñales del camino, no podía soportar; era más fuerte que él, más que su decantada bravura pergeñada antier en un abrir y cerrar de ojos.

No, ni su fantasía ni su esperanza concibieron jamás tales cosas.

Nunca llegó su ensueño ni el aletear de su ilusión a tamañas lindezas.

Bien sabía Dios que él no le había pedido tantos primores a la vida, allá cuando acariciado su curtido rostro por la frescura de una tarde abrileña y ante el espectáculo de los campos en flor, pensaba en tener mucha plata, mucha, para comprarse unas tierras o una mina que lo quitara de fatigas.

Por esto no resistió, ni era posible que resistiera, a tan certeras solicitudes de la vanidad.

Echar a Orozco toda la culpa y hacerlo por completo responsable de esta caída, sería desconocer supinamente la naturaleza y la fragilidad humanas.

Cuando se carece de principios firmes,

cuando la inteligencia y la razón no han orientado ni regido una vida, el hombre obra conforme a instintos e impulsos; y son malas consejeras para la actividad de un ser vulgar las posiciones encumbradas.

Se puede ser héroe en un espasmo, en un momento propicio e intenso de la vida; sobre todo, héroe de combate, héroe de valentía; pero, mantenerse en los términos de un heroísmo; ser después digno y grande en el día de las recompensas; saber conformarse y esperar a que las cosas vengan por sus pasos contados y de acuerdo con los merecimientos; es algo a lo que pocos hombres están dispuestos; es resultante de otros antecedentes que no son los de una alma inculta, fiera, y con tendencias criminales.

El grande hombre que produjo la Revolución y que transformaron en ídolo las adulaciones de los serviles y los impúdicos elogios de una prensa mercantilista y hostil; el palurdo serrano que prostituyeron los amigos interesados; el majadero a quien la bajeza de su espíritu convirtió en ambicioso, llegando en su simplicidad a creerse merece-